



# Matilda



Marzo ha llegado y poco a poco podemos disfrutar de días de calor, y es que finalmente la primavera está a la vuelta de la esquina. Febrero y marzo han sido meses muy interesantes, ya sea con la celebración de La Niña y la Mujer en la Ciencia el 11 de febrero o conmemorando el Día Internacional de la Mujer el 8 de marzo. Y entre la gran cantidad de pláticas, conferencias, coloquios organizados por diferentes organizaciones fue difícil decidir a cuál asistir.

De entre todas, tuve la oportunidad de escuchar las historias de vida de grandes científicas, como la de la reconocida paleontóloga Mary Anning, de la fundadora de la neonatología Virginia Apgar, y de Valentina Tereshkova, la primera mujer en el espacio y que a pesar de tener más de ochenta años, se ha ofrecido en numerosas ocasiones para formar parte de la tripulación que viaje a Marte. Pero a pesar de lo emocionante y alentador que nos resulta escuchar estas historias, la realidad es que según los datos proporcionados por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, menos de 30 por ciento de los investigadores son mujeres (<https://es.unesco.org/commemorations/womenandgirlscienceday>).

Aunque es común emocionarse al escuchar estas historias de éxito, también existe otro lado de la moneda, a esto hace referencia un término que se repetía continuamente en estas pláticas, el “efecto Matilda”. ¿Lo habías escuchado?, ¿sabes de que se trata? Pues se refiere a la invisibilización de las mujeres en la ciencia o del prejuicio en su contra para reconocer su trabajo, dándosele a sus colegas masculinos.

El término fue acuñado en 1993 por la historiadora de ciencia Margaret W. Rossiter en honor a Matilda Joslyn Gage (1826-1898), sufragista norteamericana, antiesclavista y periodista, un excelente ejemplo de una mujer adelantada a su época.

El efecto Matilda es el término perfecto para describir historias como las de Marthe Gautier,

médica francesa que preparó las muestras que permitieron el descubrimiento de la anomalía en los cromosomas que provoca el síndrome de Down (cuya conmemoración es el 21 de marzo). Ella se percató del cromosoma adicional (octubre 1958), desafortunadamente, no poseía el equipo necesario para la observación de éste, por lo que confió sus muestras a Jérôme Lejeune, quien anunció el descubrimiento en octubre de 1958. El trabajo fue presentado sin dar reconocimiento a Gautier, motivo por el cual decidió retirarse de la investigación. Fue hasta el año 2014 cuando el comité de ética del Instituto Nacional de Investigación en Salud y Medicina de Francia (Inserm, por sus siglas en francés) emitió un comunicado donde reconocieron su trabajo y el de su colega Raymond Turpin.

La misma Marie Curie es conocida por el descubrimiento de dos elementos químicos y su trabajo en la radioactividad. Sin embargo, cuando su trabajo fue nominado al premio Nobel de Física, el Comité no la incluyó entre los ganadores, fue gracias a la insistencia del matemático sueco Magnus Goesta Mittag-Leffler, miembro del comité, y de Pierre Curie, esposo de Marie (se dice que llegó a declarar que no lo recibiría si Marie no era incluida), que logró ser reconocida.

En el caso de Ida Noddack, que descubrió el elemento químico Renio (1925) junto con su

marido Walter Noddack, ella formuló la idea de la fisión nuclear (1934) pero fue ignorada por la comunidad científica y asumieron que el trabajo principal fue realizado por su esposo, esto les permitió a Lise Meitner y a Otto Hahn ser los primeros en descubrir la fisión nuclear, trabajo por el cual Otto Hahn ganó el premio Nobel de Química en 1944. Él siempre reconoció el trabajo de su amiga y colega Lisa Meitner, pero al ser una científica alemana de origen judío estaba vetada para acceder a la Universidad Humboldt, aunque lo hacía a escondidas, hasta que tuvo que huir del país. Dada las condiciones políticas, fue imposible reconocer el trabajo de Meitner en las publicaciones, motivo por el cual el reconocimiento público (Nobel) sólo fue para él.

Existen muchas historias similares, pero tal vez la más conocida sea la de Rosalind Franklin, cuyo trabajo (fotografía 51) fue compartido sin su autorización y sirvió para la comprensión de la estructura del ADN, obviamente sin reconocimiento alguno para ella.

Desafortunadamente, biografías como las de estas grandes investigadoras son abundantes y es deprimente pensar en cuántos más de estos casos aún no han salido a la luz pública. 

